

---

BERLIN 1.º de junio de 1849.

MUY señor mio: La Asamblea de Francfort, en hostilidad abierta con el Vicario depuesto, ha resuelto trasladarse á Stutgard, creyéndose allí mas segura: todas las probabilidades están porque allí elegirá nuevo Vicario, y que esta dignidad recaerá sobre el Rey de Wurtemberg, que prisionero de la Asamblea y de las turbas, no se atreverá á rehusarla.

Entretanto el Vicario, apoyado secretamente por el Austria y por la Baviera, rehusa dejar el poder, aguardando sin duda á que el horizonte se despeje, y á que el Austria pueda recoger el poder que él mantiene á toda costa. Su derecho es indudable: él fué elegido por la Constituyente: y ademas la Dieta, en quien residia todo el poder federal de la Confederacion Germánica, delegó en él antes de retirarse, todos sus poderes. La deposición de la Asamblea le ha privado de los derechos que la Asamblea le confirió, es decir, de los derechos constitucionales: pero no ha podido despojarle, y no le ha despojado, de los derechos que le confirieron los Príncipes, es decir, de los derechos federales de la Confederacion Germánica. Él es la Dieta misma, representada hoy esclusivamente en su persona.

De todo esto se deduce que todos los proyectos de unidad á

ninguna otra cosa conducen sino á la guerra civil y al mayor fraccionamiento de la Alemania. Tres son las Alemanias de hoy dia, conviene á saber: la Alemania del Vicario, que se apoya en la legalidad y en los tratados de 1815. — La Alemania de la Prusia, que se apoya en la adhesion, al parecer voluntaria, de la Sajonia y del Hannover, y sobre todo en la fuerza de un ejército numeroso y aguerrido. — Y por último, la Alemania de la Constituyente de Francfort, que se apoya en el principio de la Soberanía del Pueblo. El antagonismo de estas tres Alemanias enemigas constituye un estado crónico de guerra doméstica y civil, que es el hecho culminante de esta situacion política.

Hoy ha publicado este Gobierno una nueva Ley electoral para las elecciones de la segunda Cámara disuelta. En esta Ley se cambia de todo punto la base de la antigua, que consistia en el voto universal y en la eleccion directa. Por la nueva Ley la eleccion será de dos grados, y los electores del primero están divididos en tres categorías: la primera consta de los mayores contribuyentes de cada localidad, en número bastante para cubrir la tercera parte de las contribuciones directas: la segunda clase se compone de un mayor número de pequeños contribuyentes, los necesarios para cubrir otra tercera parte de las mismas contribuciones: y por último, en la tercera clase entran los últimos contribuyentes, y los que no contribuyen con nada al Estado. Cada una de estas tres clases nombra la tercera parte de los electores que han de elegir á los Diputados. Así esta Ley como la dada para las elecciones de la Dieta futura, de que hablé á V. en la mia de ayer, son las mas aristocráticas que existen en Europa, y están tomadas evidentemente de lo que se practicaba entre los Romanos, en los tiempos anteriores á la prepotencia tribunicia. Un ejemplo podrá esclarecer lo que esta combinacion presenta de extraño ó de oscuro. Un Pueblo consta de veinte mil ciudadanos: sus contribuciones ascienden á tres mil duros: la primera clase de electores se compone de los mayores contribuyentes, que reunidos pagan mil duros, es decir, la tercera parte: Si en el pueblo hay un hombre poderoso (y siempre los hay) que pague por sí solo esa cantidad, él solo compone la prime-

ra clase de electores: la segunda se compone de los contribuyentes que pagando menos que el primero, pagan mas que los que vienen detrás: si son ciento los contribuyentes que reunidos pagan otros mil duros, esos ciento constituyen la segunda clase de electores: en la tercera entran todos los otros, así los que contribuyen con una contribucion ínfima hasta el completo de los mil duros restantes, como los que no contribuyen con nada. Ahora bien; debiendo elegir cada una de estas tres clases la tercera parte de los electores que han de nombrar á los Diputados, resulta lo siguiente: que el hombre rico, de quien dije que pagaba mil duros de contribucion, siendo tres los electores que hay que elegir, elige uno por sí solo: los cien contribuyentes, de quien dije que pagaban otros mil duros, eligen otro: y los 19,899 ciudadanos relegados á la última clase, eligen el tercero. El parentesco de esta combinacion con la combinacion de la antigua República romana salta á los ojos.

Las primeras elecciones deberán verificarse el 17 de julio próximo: y las Cámaras se reunirán el 7 de agosto.

---

BERLIN 12 de junio de 1849.

Muy señor mio: Si Vd. ha seguido cuidadosamente en su lento, pero progresivo desarrollo, los complicados sucesos de Alemania, dos consideraciones habrán llamado sin duda alguna su atencion: la primera, que la unidad es de todo punto imposible en este pais, aglomeracion confusa de intereses opuestos, de razas hermanas, pero enemigas, de religiones contrarias y de costumbres diferentes: la segunda, que el *status quo* instituido por los tratados es igualmente imposible, vista su insuficiencia así para contener como para seguir las aguas de la gran inundacion revolucionaria de estos tiempos. Lo último se vé claro en el universal é irresistible deseo que se ha apoderado de todos los ánimos, de introducir grandes alteraciones en el organismo político y social de esta gran region que ocupa el centro de la Europa. Lo primero se vé con evidencia cuando se ponen los ojos en las tentativas infructuosas y estériles, dirigidas á componer con la fusion de los varios pueblos Alemanes una Nacion grande y poderosa. No hay Príncipe ni Asamblea que proclame la unidad, que no sea seguido de algunos. La Asamblea de Francfort ha sido seguida por veinte y tres Estados pequeños, y el Rey de Prusia por dos grandes Estados: esto prueba el deseo universal de una mudanza. No hay Príncipe ni Asamblea que haya logrado las simpatías y el consentimiento de todos: esto prueba que

la unidad absoluta es de todo punto imposible. ¿Cuál será, pues, el resultado probable de todos estos confusos movimientos? El resultado probable, por no decir evidente, será el que he tenido ocasion de anunciar á Vd., mucho tiempo há: la Constitucion unitaria de dos grandes Naciones: la Alemania meridional y católica, y la Alemania septentrional y protestante. La primera no está constituida todavía, ni se constituirá hasta que el Austria, desembarazada de los graves negocios que la ocupan, pueda sujetarla á su influencia. Si la Providencia determinase otra cosa, si el Austria llegara á sucumbir en la gran lucha que sostiene, entonces la Alemania meridional ó se reuniria á la Francia, ó se constituiria democráticamente: pero en ningun caso formaria un compuesto orgánico y regular con la Alemania del Norte. En cuanto á esta, puede decirse que está ya constituida: la llamada alianza entre el Hannover, la Sajonia y la Prusia, á la cual ya se han adherido algunos Estados, no es otra cosa sino la mediatizacion de las dos primeras naciones en beneficio de la segunda. Lo que se llama *Presidencia del Imperio Germánico*, no es nada de lo que se llama, porque ni hay tal Imperio Aleman, ni hay Presidencia semejante. Lo que hay es una verdadera *conquista por absorcion*: siendo la Sajonia y el Hannover y los otros Estados adherentes los pueblos conquistados, y la Prusia la Nacion conquistadora.

Este punto de vista, que es el único verdadero, da á este negocio una inmensa importancia. Una conquista, ó si se quiere moderar la expresion, una gran estension de territorio, ha sido siempre cosa grave: en el actual estado del mundo es una cosa gravísima, y que puede dar ocasion á complicaciones europeas.

Por lo demás, este gran acontecimiento tiene algo de providencial, cuando se le considera bajo el punto de vista de la historia. La Prusia es una maravilla en la historia de las naciones, y la familia de sus Príncipes otra maravilla en la historia de las casas reinantes. No hay nacion ni familia reinante que no haya llegado á la grandeza por un camino determinado: solo la Prusia y la familia de sus Príncipes han llegado á la grandeza por todos los caminos, por el de los tratados, por el de las conquistas, por el de

las guerras, por el de las compras, y hasta por el de los desastres. Cuando no se han levantado por las grandes virtudes, se han levantado por las grandes perfidias: cuando su engrandecimiento no ha venido de la nacion, ha venido de los Reyes: para subir á la cumbre en donde estan, se han apoyado con igual éxito, ayer en el absolutismo, hoy en las revoluciones.

Y todo esto en un espacio brevísimo de tiempo. El Imperio Romano habia caido al impulso de los bárbaros del Norte, y el nombre de esa Nacion se busca en vano en la historia. Pero mientras que las razas alemanas caian sobre las naciones del Imperio, otras razas asiáticas, sumidas en la mas abyecta barbarie, ocupaban silenciosamente los inmensos territorios dejados atrás por los pueblos conquistadores: hijos de esas razas, en su mayor parte esclavonas, son todos los Prusianos. El siglo décimo tercio iba ya bastante adelantado, y el cristianismo se habia ya estendido por todas las zonas europeas, cuando la Prusia todavia sacrificaba á los ídolos, y oponia una resistencia constante á la religion civilizadora. En vano el Papa Inocencio III nombró un Obispo de Prusia, para que la iluminára con la luz de la doctrina: esa luz no pudo penetrar en sus bosques. El Sumo Pontífice se vió en la necesidad de publicar una cruzada contra esa tierra de infieles. Los cruzados fueron tan desgraciados en su empresa, como lo habian sido los pacíficos misioneros. Resplandecia á la sazón entre todas en armas y en virtudes, la órden gloriosa de los Caballeros Teutónicos: el Papa puso á su cuidado la conquista de la Prusia, y se la otorgó anticipadamente en feudo. Entonces comenzaron las grandes batallas que no se terminaron sino con la entera sujecion de los naturales, á fines del siglo décimo tercio. Terminada la lucha, la órden Teutónica gobernó á la Prusia con una soberanía independiente; siendo este el primer ejemplo de una órden convertida en Rey, y ejerciendo colectivamente la autoridad soberana: gobernada al principio por un Provincial, lo fué desde los primeros años del siglo XIV por el gran Maestre, que asentó en Marienbourg la silla de su imperio. El esplendor de este imperio duró cerca de dos siglos, durante los cuales los grandes Maestres se

vieron en el caso de sostener con las armas su potestad, combatida á un tiempo mismo con guerras y con revoluciones. A mediados del siglo XV, se les declaró adversa la fortuna: eclipsada su estrella por la de Polonia, que se levantaba á lo alto, tuvieron que ceder á su mal destino. Por la paz de Thorn, ajustada en 1466, se vieron obligados á ceder toda la Prusia occidental, que se convirtió en feudo de la Polonia, para asegurar su dominacion en toda la banda de Oriente: aun así no la aseguraron del todo, como quiera que los grandes Maestres se reconocieron á sí propios con respecto al Rey de Polonia en estado de vasallaje.

Siguiendo las cosas de la Orden en rápida decadencia, á principios del siglo XVI resolvieron los caballeros convidar con la silla Gran-Maestral á un Príncipe que por sus influencias fuera poderoso para contrastar su mala estrella, y para procurar á la Orden tiempos mas bonancibles. El Príncipe elegido fué el Margrave Alberto de Brandemburgo, de la familia de Hohenzollern, la cual reina en Prusia todavia. Aquí se empalma, por decirlo así, la historia de la Nacion con la historia de sus Reyes.

La familia de Hohenzollern habia comenzado á echar los fundamentos de su grandeza por una compra: el Burgrave Federico VI de Nuremberg, miembro de esta familia, recibió en prenda, del Emperador Sigismundo, por un préstamo de 100,000 florines, el Margraviado electoral de Brandemburgo: la prenda se convirtió en propiedad, por la cantidad de 300,000 florines mas, en 1415. Despues de ganado el Brandemburgo por una compra, hizo la guerra, obligó al Duque de Meklemburgo-Stuttgart á confesarse su vasallo, y ganó varios territorios de Sajonia y las Marcas Valeriana y de Priegnitz por la conquista. Su hijo Federico II, siguiendo sus pisadas, acrecentó su poder por conquistas y por compras: por este último medio reunió á sus Estados, en 1455, la Marca nueva, enagenada por la orden Teutónica en tiempos de sus apuros. Alberto, llamado *Aquiles* por sus hazañas, y por su sabiduría *Ulises*, ajustó un tratado de paz con la Pomerania en 1479, en virtud del cual esta provincia debia unirse al Brandemburgo, si en la familia ducal llegaba á faltar la posteridad masculina. Tres

años despues, por el tratado de Camenza, ganó el ducado de Crossen. Los sobrenombres con que fueron conocidos sus tres sucesores inmediatos, prueban que no habia un solo Príncipe de esta afortunada familia que no se recomendase á la posteridad por alguna cualidad eminente. Al uno le apellidaron *Ciceron* por su facundia, al otro *Nestor* por su grandeza pacífica: á Joaquin II, que fué el tercero, le apellidaron *Hector* por su bravura.

La eleccion para la silla Gran Maestral de la Orden, de que hice mérito mas arriba, recayó en Alberto de Brandemburgo, cabalmente en consideracion al parentesco que le unia con el poderoso elector Joaquin I, á quien apellidaron *Nestor* sus contemporáneos. De esta manera la familia Hohenzollern llegó á fundar sobre las ruinas de Príncipes belicosos, y sobre las de una Orden ilustre, un magnífico principado. La Orden de los caballeros Teutones fué á parar en su ruina por donde pensó llegar á la grandeza. Su nuevo Gran Maestre la asestó el último tiro, y la dió el último golpe. Inspirado por Lutero, con quien hubo de avistarse en Vittemberg, determinó secularizar á la Prusia, convirtiéndola en un principado lego. En 1825 renunció por el tratado de Cracovia su dignidad eclesiástica, rompió todos sus vínculos con la Orden que le habia hecho soberano, y se llamó, con el consentimiento de sus súbditos, Duque hereditario de Prusia, recibiendo la investidura de su nueva dignidad del Rey de Polonia Sigismundo. Las reliquias de la Orden Teutónica compusieron su patrimonio, que se acrecentó despues con todos los bienes de la Iglesia Católica, por haber abrazado la religion protestante.

Aquí comienza la verdadera historia de la Prusia: su encargo histórico habia sido en lo antiguo representar el paganismo asiático contra el cristianismo Europeo: conquistada por los caballeros Teutones, los obedeció, mas bien que como fiel vasallo, como una esclava vencida. No siendo poderosa para hacer contraste al cristianismo, tomó sobre sí en los tiempos modernos otro encargo idéntico en la esencia, y diferente en la forma: el encargo de desgarrar sus entrañas haciéndose protestante. Ahora bien; lo que la nacion Prusiana era entre las naciones, eso mismo era la familia Hohen-

zollern entre las familias de los Príncipes Soberanos. La identidad de ideas y la identidad de encargos de esa nacion y de sus Príncipes, esplican sus comunes acrecentamientos y su maravillosa grandeza.

Alberto de Brandemburgo, primer Duque de Prusia, dejó sus Estados á su hijo, menor de edad, Alberto Federico, el cual no salió de la menor edad sino para entrar en un estado de demencia: la rama de su familia reinante en Brandemburgo no quiso que esta nueva ocasion de engrandecerse se resbalára de sus manos. Joaquin II, apellidado *Hector*, de quien hice mérito mas arriba, consiguió por gruesas sumas de dinero, en 1569, la investidura eventual de la Prusia, conjuntamente con su primo, el Príncipe menor y demente. Joaquin Federico, su nieto y sucesor en el principado electoral, gobernó la Prusia en virtud de aquella investidura, y en calidad de regente durante la enagenacion mental de su segundo Duque. Habiendo fallecido este en 1618, se realizó el gran suceso de la incorporacion de la Prusia Ducal al Principado electoral de Brandemburgo, reinando en él Juan Segismundo, uno de los Príncipes electores del Imperio.

Este afortunado Príncipe, al propio tiempo que ganaba la Prusia Ducal, estendia sus dominios por la parte del Rhin, con la adquisicion de ciudades populosas. Cuarenta años despues, su sucesor Federico Guillermo, llamado *el Gran Elector* por sus altas prendas y por sus pensamientos levantados, obtuvo por el tratado de Westfalia el arzobispado de Magdeburgo y los obispados de Minden, de Ramin y de Halberstadt, y ademas una parte de la Pomerania, por la fuerza de sus armas vencedoras de los Suecos. La revocacion del *Edicto de Nantes* en Francia arrojó á la Prusia 20,000 protestantes franceses, que fueron á acrecentar su industria y á fertilizar su suelo. A las conquias del Gran Elector añadió Federico I, príncipe vano, el Principado de Neuchatel y una parte de la Gueldres. Su vanidad fué una causa indirecta del engrandecimiento de la Prusia; como quiera que, teniendo en poco la dignidad de Elector, quiso ser Rey, y lo fué en 1701, poniéndose él propio la corona en la cabeza. No rehusó su beneplá-

cito á esta mudanza el Emperador José I, de quien era feudatario, por presumir que nada tenia que temer de un Príncipe cuyos dominios contenian apenas á la sazón un millon y seiscientos mil vasallos, ni de su inocente aficion á las magnificencias y á las pompas. Cuéntase, á este propósito, que el Príncipe Eugenio de Saboya, mas avisado, luego que supo el suceso, exclamó que los Ministros que habian aconsejado al Emperador en estas circunstancias, merecian expiar su deslealtad ó su torpeza en un patíbulo: y no andaba errado el Príncipe, como quiera que el dominio eminente ejercido por la casa de Hapsburgo sobre la de Brandemburgo, pudo considerarse como estinguido desde entonces. Sucedió en el trono á Federico I su hijo Federico Guillermo I, cruel, grosero y brutal, apellidado *el Rey Sargento* por sus propios vasallos, el cual convirtió á la Prusia en un cuerpo de guardia, puso en pié de guerra 66,000 soldados, y atesoró ochenta millones. Todo contribuia igualmente al acrecentamiento de la Prusia: la grandeza de un Gran Elector de vanidad y la rudeza de dos Reyes. De unos en otros fué á dar la Monarquía á manos del Gran Federico, de cuyo nombre, entre todos ilustre, están llenas las historias: arrancando al Austria la Silesia, puso á la altura del gran Imperio su grande Monarquía, y tomando una parte principal en el primer desmembramiento de la Polonia, vengó á la Prusia de sus antiguas derrotas y de sus pasadas afrentas. El millon y seiscientos mil hombres de la Monarquía de Federico I se convirtió en sus manos en seis millones de habitantes: el ejército de 66,000 hombres de Federico Guillermo creció hasta el número de 200,000 soldados: y sus ochenta millones se convirtieron en ciento. Si en tiempo de Federico Guillermo II pierde la Prusia, por el tratado de Basilea de 1795, sus posesiones de la banda izquierda del Rhin, se desquita con usura desmembrando segunda vez á la Polonia. Federico Guillermo III, elevado al trono en 1797; se vió señor de ocho millones y medio de almas. El desastre de Jena puso de un golpe en trance de muerte á la Monarquía; y el tratado de Tilsit la quitó la mitad de sus habitantes y la mitad de su territorio.

Cualquiera diria que la fortuna, cansada de su fidelidad, la

habia vuelto para siempre las espaldas: pero todo sucedió al revés de lo que hubiera podido imaginarse: su vigor orgánico y muscular se reveló á los ojos del mundo en 1813: y las ignominias del tratado de Tilsit fueron borradas por el tratado de Viena: mutilada y cuasi exánime en 1807, por un esfuerzo supremo se pone en 1815 al lado de las cuatro grandes potencias de la Europa. En 1817 su poblacion era de diez millones y medio de almas.

Entre los desastres de 1807 y las glorias de 1815, dos grandes Ministros, el Baron de Stein y el Príncipe de Hardenberg, acometieron y llevaron á cabo reformas prodigiosas en todas las instituciones económicas y civiles: la Prusia fué en estos tiempos tres veces grande: grande por su infortunio, grande por las ciencias, y grande por las armas. El espíritu reformador, teniendo su asiento en el trono, penetró por todos los miembros del cuerpo social, y lo cambió todo pacíficamente: las ciudades se transformaron: los castillos cayeron: los campos se vivificaron: la agricultura se estendió prodigiosamente: la industria tomó un rapidísimo vuelo: los vastos y complicados resortes de la máquina administrativa se movieron á compás, como las infinitas ruedas de un reloj ordenado.

Desde 1815 hasta ahora, dos grandes sucesos han venido á cambiar el semblante de la Alemania, y ambos han sido favorables al engrandecimiento siempre creciente de la Prusia: el uno es grande en el orden político, y se llama la revolucion: el otro es grande en el orden económico, y se llama la Asociacion Aduanera. La Asociacion Aduanera dió á la Prusia la direccion económica de la Alemania: la revolucion, que acaba con otros Estados, ha venido á poner en sus manos el cetro de la dominacion política. Con la agregacion de la Sajonia y del Hannover y de otros pequeños Estados, parecen sosegados sus vagos deseos, y templadas sus aspiraciones inquietas. Pacífica dominadora en la vasta region Septentrional y protestante, nada puede desear mas, que no sea desvarío; á nada mas puede aspirar, que no sea insensatez y locura. La Prusia no puede ser menos, pero no puede ser mas: y todo esto, hasta el dia en que el protestantismo caiga en tierra

hecho pedazos: cuando esto se verifique, la Prusia entrará en un rápido período de decadencia. La Prusia vive en el protestantismo, por el protestantismo, y para el protestantismo. El misterio de sus glorias está ahí. El protestantismo es el misterio de su muerte. Hoy dia, sin contar las que pueden llamarse sus nuevas conquistas, la Prusia tiene catorce millones de habitantes, y cuenta con un ejército que en tiempo de paz es de 200,000 hombres, y llega á 400,000 en tiempo de guerra.

En las actuales circunstancias, y cuando la Prusia acaba de poner el pié en la cumbre de su grandeza, no me ha parecido fuera de propósito ofrecer á la consideracion de Vd. este imperfecto y brevísimo cuadro de sus progresos y de sus vicisitudes.